

me pertenece y no conseguiréis quitármela!» Columba se extinguía en una especie de éxtasis... el éxtasis quietista, el éxtasis de tantos heréticos y heréticas, alumbrados y poseídos como entonces pulularon en España, en Francia, en Portugal. ¡Remedo espantoso de la beatituda mueca del eterno jimio que imita porque no he creado, y en el hornillo de la magia contrahac, el verbo vivo y fecundo de la divinidad!

Salía el fraile del aposento de Columba abrumado de aflicción ante la impenitencia final de la que ya había partido Dios sabe hacia qué comarcas misteriosas, mientras sus despojos quedaban allí rígidos, cubiertos con blanca sábana—, y bajaba la escalera del palacio de Landoira, cuando el carcelero de la Inquisición, que subía, le detuvo y pidió ser escuchado un instante.

—El preso ha fallecido. ¿Qué hago con su cadáver?—preguntó.

—Lo sepultarás tú solo, sin que nadie lo sepa, de noche, en el camposanto... no, fuera de él... debajo del ciprés... sin señalar con cruz...

—¿Y sus ropas?

—Quémalas.

El médico de la Condesa de Landoira, que asistió á doña Columba en su enfermedad de consunción, testificó que tenía una señal roja, indeleble, al lado izquierdo del pecho, y que había muerto virgen.

—Y no escriba usted palabra de todo esto—suplicó el arqueólogo—, mientras yo no publique mi libro, que, ya usted no lo ignora, arrojará luz sobre un enigma...



## CADA UNO...

### I

VISITANDO la biblioteca y capilla de un establecimiento de enseñanza, fundado por la Orden religiosa más combatida de los tiempos modernos, me llamó la atención el aire de gran cortesía mundana que conservaba, bajo la estrecha sotana negra, el sacerdote constituido en *cicerone* mío. El hábito es como el uniforme; desde lejos iguala, pero visto de cerca, tal vez hace resaltar más de bulto las diversidades personales, la infinita variedad individual.

Sobre aviso ya, miraba al sacerdote y se iniciaba en mí el proceso de reconstitución de una fisonomía que hemos conocido mucho en otro tiempo, y que ha cambiado hasta el extremo de

ser difícil identificarla. La persona desaparecida de la sociedad, y que yo suponía volver á encontrar en el jesuíta, tenía más alta estatura, líneas esbeltas, de exquisita elegancia meridional, en su torso; el pelo castaño, ensortijado con gracia; la barba del mismo matiz, sedosa, recortada en punta; los ojos soñadores ó alegres, garzos y envueltos en sombra de pestañas tupidas; la frente tersa, marfileña; los labios provocativos, rojos, retadores bajo el bigote caballerescamente retorcido; el aspecto animoso de un retrato de galanteador y batallador, y el agridulce de los caracteres desenfadados, propensos á cierta elegante insolencia.

No tardé diez minutos en compaginar lo pasado y lo presente. La estatura, ¿no disminuye al encorvarse y agobiarse el espinazo? Las líneas del quebrado talle, ¿no se alteran cuando el cuerpo se encorva? ¿No se cae el cabello? ¿No se rasura la barba? ¿No se apagan los ojos, no los quema y despoja el llanto reprimido? ¿No se consume la boca? ¿No se muda un semblante hasta quedar desconocido para quien más lo amó en este mundo? Y en el caso presente no era así; restando todo lo que había que restar, ciertos rasgos se marcaban, se precisaban, imponiéndome ya la evidencia, hasta arrancarme la exclamación:

—¡Enrique! ¿No me conoces?

El permaneció encalmado, dueño de sí mismo. Sin embargo, pronunció con serenidad, á su vez, mi nombre de pila.

—Te conocí desde que entraste. Lo que me

extraña es que hayas caído tú en quién soy. Creí estar más desfigurado.

—Y lo estás. ¿No me abrazas?—añadí intentando echarle los brazos al cuello; él se desvió, y quedé á media acción, cohibido.

—Tengo gusto en verte—pronunció como pronunciaría «buenas noches»—. Tengo sumo gusto. Por aquí viene gente que me trataba... entonces; nadie sospecha... No me ocultó; pero si no caen en quién soy... prefiero callarme.

—Oye, Enrique—exclamé apoderándome de una mano, que encontré seca y ardorosa—. Eramos bastante amigos... ¿te acuerdas? Salí á viajar; pasé dos años en Londres... y á la vuelta no te encontré en S..., y nadie supo darme razón de tu paradero. Pregunté, y dispensa..., me cuchichearon no sé qué historia, no sé qué drama, que confusamente empiezo á esforzarme en recordar... Era y no era; cada versión aparecía distinta... De mi memoria se ha ido el suceso, y detalles y suposiciones...; pero queda la impresión de una fatalidad que pesa sobre tí... ¿Me equivoco? ¿Puede un amigo verdadero servirte de algo?

Enrique alzó los ojos, los clavó en mí, y encontré por un momento la irradiación antigua de sus pupilas claras. Había algo de malicia y mucho de penetración superior en aquel mirar.

—Gracias—contestó sin inflexiones en el acento—. Tengo cuanto necesito; he descubierto y aplicado el remedio de mis males, y, además, ahora veo descifradas muchas cosas que antes eran para mí ininteligibles. Te lo voy

á demostrar. Tú crees de buena fe ofrecerme ayuda por simpatía y compasión, cuando lo que sientes es curiosidad. No, no te disculpes... La curiosidad en este caso es natural. Yo también la experimentaré. Y como se me figura que no redundará en perjuicio, sino acaso en provecho de tu alma el saber la verdad, voy á pedir permiso para contártela... Espérame aquí.

Poco tardó en volver. Hízome una señal afirmativa con la cabeza, y me condujo al locutorio del establecimiento, completamente solitario entonces. Era una sala cuadrilonga, espaciosa, pintada al temple de color uniforme, amueblada con sofaes y sillas de rejilla, decorada tan sólo con dos ó tres muy medianos cuadros al óleo: María Auxiliadora, San Ignacio, la Sacra Familia. Nos sentamos en un ángulo, ante una puerta vidriera. Nadie me quitará de la cabeza que, detrás de aquella puertecilla de deslustrados cristales, alguien escuchaba. Acaso fuese aprensión mía, nacida de la reserva y pudor de lenguaje con que el jesuíta se expresó. Habiendo yo tenido después ocasión de comprobar todo lo que me dijo, no conservo escrupulosamente la forma de su relato, sino que la traduzco con entera libertad, y hasta con el color efectista que revistió en mi imaginación exaltada...

## II

—Ya sabes quién era yo y cómo vivía—pricipió Enrique, entrando de rodillas por la puerta de humildad de las grandes confesiones.—No diré como Mañara, aunque podría decirlo con más razón que él, que fuese el peor hombre del mundo; diré sólo que era uno de tantos hijos del siglo, nacidos con la mesa puesta, recibidos por la sociedad con la sonrisa en los labios y consagrados, desde que les amaneció á medio día, á la abrumadora tarea de hacer su capricho. Mi padre—perdónele Dios, que yo sólo de amor y bondad excesiva pudiera acusarle—me dió rienda floja, dinero largo, y únicamente me rogó, con los mayores extremos, dos cosas: que no me olvidase de casarme á tiempo, y entre tanto, cuidase lo posible mi preciosa salud. «Quiero que me des nietos, unos nietos muy guapos», advirtió acariciándome: «No te esclavizo; primero deja correr la juventud, y cuando llegues á los treinta y pico..., boda». Insistió reiteradamente en esto, añadiendo que, llegado el instante, él me buscaría novia arreglada á mi posición, y además guapa y atractiva. Como yo por entonces andaba muy lejos de pensar en matrimonio, y consideraba tal contingencia remotísima, prometí cuanto quiso mi padre, y quedó acordado, las cosas han de

decirse en puridad, que yo fuese libre mucho tiempo para hacer el mal que quisiese, y pasado este plazo, me transformase en ciudadano respetable, útil á mi patria; en esposo y padre de familia.

Usé de mi libertad como suelen los muchachos; repartí el tiempo entre el campo, Madrid y S..., intercalando viajes á París y sirviéndome las temporadas que pasaba en la Corte y el extranjero para volver con mayor experiencia de goces y travesuras, y ser más admirado é imitado por los restantes ociosos y perdularios de mi ciudad natal. Ahora que recapitulo acerca de mis obras en aquel período, comprendo que yo en el fondo no era un vicioso, ó al menos ninguno de los vicios que contraje llenaba mis horas con un estímulo superior al aburrimiento. El juego, dueño tan imperioso del que nace bajo su sino fatal, fué acaso de todas mis disipaciones la que más me dominó, pero sin ese acérrimo atractivo, superior á la razón y al instinto de conservación, que ejerce sobre sus víctimas, sino sencillamente porque yo veía en el juego un medio de reforzar la pensión, nada floja, que me servía mi padre, y de derrochar doblemente. Tenía suerte, una suerte insensata, y la aprovechaba sin parar la atención en que, cuando se gasta mucho más de lo que lícita y naturalmente se puede, nos exponemos á la calumnia. Hoy la calumnia no me importa, porque nosotros somos los grandes calumniados, los calumniados por privilegio histórico; pero entonces, si realmente

yo profesase el ideal del honor burgués, con el cual se intenta sustituir en la sociedad contemporánea á tantos ideales muertos, debiera preocuparme el que en S... murmurasen, con la intención que se presume: «Ese demontre de Enriquillo Arcos, ¿si tendrá montada fábrica de moneda falsa en las bodegas de su padre?»

Lejos de intentar explicar á mis conciudadanos el secreto de mi lujo—y no me hubiesen creído; las explicaciones que restauran la honra, en este caso relativa, no suelen creerse—, preferí deslumbrarles y echarles á la cara las motas del barro que salpicaban mis trenes á la calesera. Miraba con el mayor desprecio á la humanidad, y si la humanidad era pacífica, seria, laboriosa, me parecía doblemente menos preciable, buena para burlarla con jugarretas mortificadoras y crueles. Con los muy interiores era más bondadoso, por lo cual me gané simpatías de la gente plebeya; en cambio, mis burlas me valieron, en otras esferas, nota de desalmado, y me crearon una leyenda que era mi orgullo. Sí; yo me sentía orgulloso de asustar á las viejas y á la gente apocada y timorata; me complacía que rodease mi nombre la aureola de ese temor que no se funda en cosa alguna concreta, y estaba seguro, por otra parte, de que las mujeres bonitas, á cualquier clase social que perteneciesen, se sentían fascinadas por mi desenfado y mis arranques. De esto tuve pruebas positivas.

Eran las mujeres para mí como todo lo demás: un modo de entretener desocupadas ho-

ras, un estimulante, una sensación violenta y un fastidio de muerte alternados. Es curioso y es ejemplar lo que me sucedía con las mujeres y sucede á muchos de los que con ellas, sin amarlas, estragan la flor del existir. Al momento en que, sinceramente, les decía las cosas más exageradas y apasionadas, sucedía el momento en que las arrojaría por la escalera sin reparo, á punta piés. Ese amargo sentimiento del desprecio á la humanidad, que maceraba en hieles mi espíritu, nunca se revelaba tan intenso como en las relaciones con la mujer. El rencor de encontrar insatisfecha mi alma cuando mi cuerpo pecador se hartaba y vencia, transformaba el desdén en odio, transitorio y fugaz, pero odio bien definido, con todos los caracteres é impulsiones que los psicólogos reconocen en esta terrible pasión, superior en actividad al amor mismo.

¡Cuántas noches, ó mejor dicho, cuántos amaneceres, al salir con el cuello del abrigo subido hasta las orejas y la cabeza aturdida, de alguna cena con amigos, igualmente pervertidos que yo, la última carcajada y la última copa de champaña ahogaron en mis labios el «huye, mujer, te detesto», del poeta romántico, la imprecación que sentía entre los labios y que el miedo á ponerme en ridículo me impedía formular! Mis compañeros se hubiesen reído, y acaso mi prestigio de hierofante del culto báquico y saturnal padecería. Sin embargo, en el fondo del corazón, muchos de aquellos chicos alegres, profesionales del mal vivir, llevaban la misma espina clavada.

## III

De uno de ellos, por lo menos, me constaba que así era. Y este, á quien me refiero, influyó de un modo decisivo en el giro que tomó mi suerte.

Llamábase Donato Almanzora; era hijo del Capitán general de S... y teniente de Artillería. Compañero de todas nuestras locuras, acostumbáramos decir que nos las aguaba, porque, dándolas de moralista, siempre tenía qué reprender, cuando no con las palabras, con la actitud, encapotada y ceñuda. No se exceptuaba á sí mismo de las censuras que prodigaba á nuestra conducta, y se trataba de cerdo epicúreo, de árbol carcomido, de hongo criado en la podredumbre, y otras cosas semejantes.

Una tarde—antecedida por una noche borrascosa y una mañana de pereza—, como fuésemos juntos, á caballo, á reunirnos con otros compinches para merendar en un célebre ventorro, en las afueras de la ciudad, le vi tan abatido y compungido que le interpeleé irónicamente:

—¿Te duele algo? ¿Se puede saber si te metes cartujo?

—¡Ojalá!—respondió, arrancando del pecho un suspiro—. A bien que tengo esperanzas, si no de parar en cartujo, de parar, y muy pron-

to, en algo que me redima de la degradación en que vivo, y vives, y los demás que andan con nosotros.

Lo mismo que si fuese hoy recuerdo el momento en que Donato se expresó así. La hora vespertina era esplendorosa, cual suele ser en el campo andaluz; las montañas, á lo lejos, se teñían de color de rosa, y los espinos blancos, las jaras y las retamas en flor olían á juventud brava y fogosa. A la derecha, al borde del camino, una cruz de palo, medio caída, señalaba el lugar donde quizás habría sucumbido un hombre. Donato espoleó á su caballo... y se persignó devotamente.

—Algo raro debe de pasarte, en efecto; ya me parecía á mí... Nada, que te veo en los altares.

—En los altares, no; pero en el ara de Hymeneo, que será para mí un altar..., sí que has de verme pronto—exclamó resueltamente Donato.

—A ese altar no es difícil ir, cuando hay denuedo y bazarria...

Mi acento burlón debió de pinchar á mi amigo en ese punto sensible, en carne viva, que tienen los enamorados, y respondió enfáticamente:

—Denuedo le hace falta á una mujer como la que yo pretendo para unirse á mí, aunque más necesitaría para casarse contigo, que eres peor... Yo, al menos, reconozco mis errores; yo, al menos, comprendo la distancia que va de mí á un ángel.

Sentí impulsos de soltar la carcajada, porque lo de *ángel* me pareció risible. Una impulsión refinadamente malvada me contuvo, pues el preámbulo había picado mi curiosidad de aburrido y ocioso, y vislumbraba, por oculta intuición, algo que pudiese entretenerme y saciar mi amor propio á expensas del ajeno. En una palabra: confusamente adiviné—á aquella hora tan dulce, en que Dios parecía querer confundirnos, por medio del espectáculo de la naturaleza adormeciéndose, ansias de paz y bondad—la contingencia de desgarrar un alma... el alma de un hombre á quien llamaba amigo... y yo no creía cometer una maldad, sino solamente ejercitar un juego, cruel y fuerte, varonil.

He notado que una perversa intención principia siempre por un disimulo. Disimulé el regocijo irónico que me causaba el calificativo de *ángel*, aplicado á una novia, y afecté repentina formalidad é interés. Como la mayor parte de los enamorados sólo desean hablar de lo que les preocupa, Donato cayó en la red, y me enteró plenamente de cuanto ocurría. Refrenando su caballo, para prolongar la confidencia, al suave paso de andadura del hermoso alazán, me informó de que el ángel era Leonisa Mendoza, hija menor del viejo Duque de Torquemada. Padre é hija venían todos los años á pasar tres ó cuatro meses á S... desde que los últimos cierzos de Febrero se convertían en soplos primaverales; pero hacían vida retirada y pacífica en su antiguo palacio de la calle de los Arcabu-

ces, pues el Duque había educado á sus hijas con monástica severidad, impropia ya de la época y costumbres actuales. Yo apenas les conocía; en cambio, llevaba amistad superficial con la hija mayor, esposa de un aristócrata francés, de lo puro de San Germán; alguna vez había almorzado en su elegante residencia de la calle de Grenelle. El anuncio del noviazgo de Almanzora me sorprendió, deslumbrándome. La novia era bonita, de veintiún años, de altísima posición, de encumbrado nacimiento; más de lo que podía soñar un teniente, con su espada por todo porvenir...

Comprendí que el acicate de la vanidad y del orgullo, en este caso, espolease al amor, el cual, sin duda, existía; lo delataba el quebranto involuntario de la voz, el centelleo de los ojos, la especie de reparo tímido al pronunciar el nombre de Leonisa —, signos inequívocos que denunciaban el amoroso interés.

Dada la perversión de mi sentir, fué todo ello incentivo, y la idea caprichosa se concretó mi mente. Yo, yo mismo, le quitaría á Donato su radiante novia, y no por los medios violentos y desaforados con que don Juan le roba la dama á don Luis, sino por otros tan hábiles y sutiles, que ni aun le quedase el derecho de mostrarse quejoso. Para mis fines no emplearía medio vedado por el código de la caballería mundana; y en mi soberbia, con sólo prometerme guardar tales prescripciones, creí sancionado y lícito mi propósito y empecé á gozar, mentalmente, de la impensada distracción que

proporcionaba á mi hastío constante. La malévolamente complacencia debió de manifestarse ó en mi sonrisa ó en mis ojos, pues advertí en los de Donato súbita expresión de esa desconfianza, casi animal, que nos previene contra un riesgo desconocido. Todo, un relámpago. Activamos el paso de nuestras monturas, y llegamos al sospechoso ventorro, donde corrimos la broma con más ímpetu que nunca. Sólo lamenté la escasa imaginación y garbo del organizador de aquella zambra, un muchacho fanático mío, Pepe Velilla, que nos trajo las mismas mozuelas de las noches anteriores.

—Hijo—protestó Velilla—, no es mi culpa. Ya se me previno... Quise presentarte bocado fresco y de gusto... La Asunción, ¿no sabes?, la *Floría*, que acaba de llegar de Málaga con tronío y boato; como que hay allí un inglés más rico que Rotschild y la ha equipado por las nubes... Pero no le ha dado la gana á la flamenca. Dice que donde estés tú no quiere estar. ¿La conoces? ¿La has faltado alguna vez?

—Ni de vista... Me alegro saberlo—declaré intencionadamente—. A la primera que arregle yo, vendrá la *Floría*, ¡vaya si vendrá! Eres un pazguato, Pepillo, y esto está que parece un velatorio. ¡A meter bulla! ¡A romper vidrios! ¡A descuajarse!

## IV

Dos ó tres días después supe que habían llegado á S... el Duque de Torquemada y su hija, é interpeleó amigablemente á Donato. Entraba en mi plan disipar sus recelos, y creí haberlo conseguido.

—¿Estarás entusiasmado? ¿Habrás palique por la reja?

—No me encuentro aún á esas alturas... —murmuró—. Además, ¡cualquiera hace salir á una reja á Leonisa! ¡Con el rigor de sus principios, con su educación especial! Yo soy un pretendiente á quien miran con buenos ojos... Tengo fundadas esperanzas... ¡Pero la reja, es otra cosa! Esta noche iré á su tertulia; una tertulia de cuatro vejestorios, en el patio. Un coto... Allí no entra nadie...

—Casualmente—respondí como al desdén—tengo yo para el Duque una visita; su hija Laura, la que está casada en París, me ha encargado que le salude. Hazme el favor de anunciarme hoy, y mañana les ofreceré mis respetos, como se dice. Así veré mejor á tu novia; apenas puedo decir de qué color tiene los ojos.

Me expresaba con tal naturalidad, que Donato no se amoscó; al contrario, dijo sonriendo:

—Bueno; entretendrás al Duque.

— Aunque no es muy halagüeño el papel, lo

acepto por servirte. ¿A la recíproca, eh? si llega la ocasión...

Cumplióse el programa, y á las diez de la noche del día siguiente pisé el patio morisco, de columnas alabastrinas, que visitan con admiración los turistas en el palacio de Mendoza, cuando están ausentes los dueños. Al atravesar la cancela del zaguán, alumbrado por rico farol de bronce, y penetrar en el recinto, donde Leonisa estaba sentada ante una mesilla, conversando á media voz con el Arcediano, señor famoso por sus eruditos trabajos, mal pude suponer que entraba en mi destino...

Leonisa me tendió la mano, diciéndome algunas frases amables, fundadas en que su hermana hablaba de mí en carta reciente. La novia de Donato era de corta estatura, de menudas facciones, por lo cual, si de lejos parecía bonita, no seducía ni la mitad que de cerca. Al aproximarse á ella, sorprendía lo profundo y aterciopelado de su mirar, la gracia y delicadeza de su boca de capullo, el primor de su dentadura perfecta, la gallardía de su cuello de cisne, y todos los encantos de su fisonomía meridional, seria y llena de sentimiento. El hechizo de su voz completaba el efecto casi fascinador que ejercía involuntariamente. Conocedor en la materia, desde el primer golpe de vista me di cuenta de la especie de mujer que era Leonisa; y consecuente en proceder con maña y tino, después de rendir amplio tributo á la cortesía social, elogiando á la hermana ausente, cedí el sitio á Donato, que, impaciente,



esperaba, y me consagré al anciano Duque—, según lo estipulado.

Entablé con el austero prócer una de esas conversaciones sobre política del día, que escarban como garfios en opiniones é ideas y las sacan á luz. Me proponía saber por qué motivo el Duque de Torquemada veía con gusto las pretensiones de Donato Almanzora, que no era un gran partido por ningún concepto, y á la media hora de charlar con el magnate, arrellanados en mecedoras, cerca de las rejas por donde entraba el aire tibio de la estrellada noche, comprendí la razón. El Duque era partidario decidido de otros tiempos y otras costumbres, y un moralista tan acre como Donato; encontraba desquiciada la sociedad, peligroso el giro que lleva y reprobable y anticristiana, en general, la vida que se hace en Madrid, sobre todo en los círculos elegantes. Casi me repetía frases de mi amigo, y entendí que esta identidad de criterio había hecho á Donato persona grata. Indudablemente, el Duque no sabía que Donato andaba en los mismos pasos que otros mozalbetes; y no era la primera vez que yo notaba la habilidad de Almanzora para crearse fama de rígido, viviendo en la disolución. El comprobarlo me infundió hacia Donato humorístico desprecio; cuanto se hiciese contra el hipócrita era *justo*, según mi manera de discurrir.

Otro soltaría indiscreciones; yo, al contrario, ensalzé á mi amigo, le calificué de modelo de jóvenes y confesé con afectada humildad que yo, en cambio, era un mala cabeza. Sonreía

con cierta indulgencia compasiva el viejo, y se esponjó doblemente cuando, refiriéndome á su hija Laura, manifesté cierta melancólica envidia, como de réprobo á la puerta del Paraíso, ante la felicidad de aquellos esposos unidos y creyentes. Al despedirme del Duque, retirándome de la tertulia temprano, mi convicción estaba formada y dejaba la impresión que deseaba dejar.

Mientras me dedicaba al padre, mi ojo avizor, furtivamente, se posaba en la hija, á cuyo lado permanecía Almanzora. Oscura percepción me inclinaba á sospechar que tal vez Leonisa no compartía del todo los sentimientos de su padre respecto al joven teniente; ó mejor dicho, y para que el análisis sea exacto, que los compartía, que estimaba á Donato, que aprobaba honradamente sus teorías—no conociendo sus prácticas—, que le miraba sin desagrado, pero... En este *pero* encerraba yo un mundo de reticencias maliciosas y desengañadas, un abismo de psicologías femeniles interpretadas por mí del modo más desenfrenado. El semblante de Leonisa, el tono cálido de su timbrada voz me parecían indicios de un alma vehemente y ardorosa, predispuesta á soñar y á sentir, y daba por seguro que Donato no poseía el talismán para penetrar en lo íntimo de la encantadora criatura. «Si no eres un necio, Enrique—pensaba yo—, tú la despertarás.»

## V

Necio, lo hubiese sido si vuelvo á la tertulia la noche siguiente, ni en bastantes noches. En cambio—llamando á un granuja, servidor mío incondicional, espumarajo de mancebía y taberna, en cuyo magín se rebullía una sagacidad agudísima de polizante—, le ordené que, con absoluto sigilo y sin perdonar medio, espíase el palacio de Torquemada, indagase cuanto hacían sus moradores y viniese á decírmelo puntual y continuamente, con detalles y señas, no á mi casa, sino á un cafetín lóbrego y retirado, pero céntrico, donde otras veces nos habíamos citado para fines siempre misteriosos. Habitado á servir de medianero el granuja (*Jilguero* le llamaban), y teniendo barro á mano, empezó á desempeñar su cometido con exactitud y astucia asombrosas. Ignoro qué cómplices subalternos se procuró en la casa ducal, pero sé que me enteró al dedillo de los pasos de Leonisa, desde el momento en que, deslizándose de su virginal blanco lecho, se calzaba finas chinelas y se envolvía en los encajes de su peinador, hasta que otra vez la cobijaban las holandas y sedas de la colcha... Lo que me faltaba por averiguar Dios sólo lo conocía... y yo me juraba á mí mismo conocerlo también en breve.

En mi táctica, érame indispensable el espionaje, porque no me convenía preguntar nada á gentes de mi clase y esfera, que extrañasen mi interés y me juzgasen enamorado de Leonisa. Una de las cosas más interesantes para mí era saber á ciencia cierta el estado de sus relaciones con Almanzora. Me sería difícil averiguarlo por el interesado mismo, sin renovar sus indefinibles sospechas. El tiempo me demostró que acertaba; pues Donato, como todo enamorado vagamente celoso, no siempre era sincero. A los tres días de espiar me constaba que los supuestos novios no se escribían, y que sólo se veían y hablaban á la hora de la tertulia en el patio. A los tres días también, me había yo tropezado *casualmente* con Leonisa en la calle, volviendo ella de tiendas ó de misa, varias veces, saludándola respetuoso, aparentando no buscar la mirada de los ojos árabes, que me seguían, no pude dudarle, por espacio de un segundo, tal vez curiosos, tal vez guiados por involuntario presentimiento.

No obstante, entre la servidumbre del palacio de Torquemada se decía que el señorito Donato era novio de la señorita, estando en familia concertada la boda. Mi espía me informó de que el general Almanzora, padre de Donato, almorzaba frecuentemente con el Duque; y Donato confirmó la noticia.

—Y ella, tu encantadora novia, ¿cómo te trata?—pregunté con sencillez.

—¿Cómo quieres que me trate?—contestó el teniente, que, á pesar suyo, contrajo ligera-